

5.^a) Tras la edición y traducción del poema se recogen (p. 575: *Fragmenta*) diez fragmentos cortos que diversos autores antiguos atribuyen a Lucrecio y que no nos han transmitido los manuscritos.

6.^a) Cierra el volumen (pp. 577-590) un índice en el que se recogen conjuntamente varias cosas a la par: los testimonios antiguos que han citado o se han hecho de algún modo eco del poema lucreciano (los que, según hemos dicho antes, van apareciendo a lo largo de la obra inmediatamente debajo del texto latino), las ediciones y estudios de crítica textual que en el aparato crítico se citan en abreviatura, los Nombres Propios que aparecen en el *De rerum natura* y una serie de términos y nociones, especialmente de la doctrina física, que pueden resultar útiles para la lectura y comprensión del poema.

En conclusión, nos encontramos ante un libro excelente tanto desde el punto de vista filológico como del literario y que logra desde principio a fin hacernos gozar verdaderamente de la poesía de Lucrecio.

MIGUEL CASTILLO BEJARANO

Enrique OTÓN SOBRINO, *Lucrecio (98?-55/53 a. C.)*, Biblioteca Filosófica 105, Madrid, Ediciones del Orto 2000, 93 pp.

De acuerdo con la finalidad de la colección «Biblioteca filosófica, Filósofos y Textos» esta breve presentación del poeta y filósofo Lucrecio trata de hacer accesible su obra única, *De rerum natura*, a un público de lectores interesados en conocer a los grandes pensadores que han jalonado la historia de la Humanidad. Lucrecio no se presenta precisamente como pensador original, sino como transmisor, creyente entusiasmado, casi predicador, del pensamiento filosófico de Epicuro; actitud ésta que en todo caso convierte su obra, dada su preocupación por la ortodoxia, en una de las fuentes principales de que se dispone para adentrarse en la «filosofía del jardín». Pero Lucrecio no es sólo exponente de una doctrina filosófica, la epicúrea, sino además poeta, uno de los grandes poetas de la literatura latina.

Ambas vertientes del *De rerum natura* las va exponiendo y ponderando el Prof. Otón Sobrino a lo largo de la presentación (pp. 10-57) de autor y obra con la autoridad que le confieren los ya bastantes años de lectura, meditaciones y comentarios sobre ellos. La filosofía de Epicuro aparece en estas páginas —pocas, pero densas y profundas— como doctrina que conduce a la salvación a través del conocimiento de la verdad, esto es, de la realidad en su conjunto (constitución del universo, del mundo y del hombre), en el supuesto de que este conocimiento libera al hombre de los temores que le dominan y le hacen desdichado (miedo a la enfermedad y a las desgracias, a la muerte, al juicio de ultratumba, etc.), y le procura la serenidad o «ataraxia», en la que consiste la felicidad humana posible.

Bajo el epígrafe «Los seis libros» aparecen las líneas maestras del pensamiento de Lucrecio, con los conceptos básicos y las conexiones entre ellos que determinan la estructura del conjunto: constitución atómica del universo (átomos y vacío), movimiento de los átomos, *clinamen* o desviación, que posibilita la variedad de combinaciones y deja abierto un espacio para la libertad; el hombre, compuesto de cuerpo y alma, ambos materiales, la muerte inmortal, que es natural y no debe horrorizar al hombre; los *simulacra* emitidos por los cuerpos, que constituyen la raíz del conocimiento humano, la «razón» y los absurdos a los que a veces conduce; el mundo en que vivimos, su origen y su final, la historia y el progreso en distintos órdenes, al que deberá incorporarse la esfera moral por la eliminación de los temores que la impiden; las divinidades, las religiones, etc. Algunos de los rasgos más característicos los subraya el A. en sendos apartados, que ponen de relieve y explican el carácter apologético y polémico del poema en el entramado del conjunto de filosofías que intentaban imponerse en Roma; la desmitologización de las leyendas alrededor del Aqueronte y la vida de ultratumba, la humanidad de Lucrecio, que se manifiesta especialmente en el lamento implícito por catástrofes generales y desastres personales, lamento que en cierto modo escapa fugazmente de la «ataraxia» que predica, su religiosidad y alta idea de la divinidad, que no interviene en el mundo, pero que es digna de respeto, de veneración, y de invocación, y en definitiva es el modelo, en su plácida tranquilidad, de la «ataraxia» a la que aspira el hombre. Porque en definitiva, como se ha dicho, la predicación de Lucrecio, y de Epicuro, pretende salvar al hombre conduciéndole a la paz interior, que es el núcleo del verdadero placer.

Como es natural, al A. no olvida los aspectos de expresión o de lengua; por el contrario, todo el desarrollo se apoya en términos o locuciones significativas para la comprensión del poeta, como —aparte de los ya indicados— *reor, puto, ratio, semina rerum, horror, intermundia, diuina uoluptas* etc.; y con frecuencia se insiste en el tono de fervor de creyente con el que el poeta proclama los dogmas del maestro, y se apunta la belleza literaria y poética de determinados pasajes. También se aborda la cuestión filológica del orden original de los libros en que se articula el poema y, unida a ella, la del final de éste.

Cierra el libro una selección de treinta y tres pasajes, que quieren ilustrar distintos puntos de la doctrina o aspectos literarios del poema. Respecto a ellos sólo cabe destacar lo acertado del criterio con que han sido elegidos.

No es preciso ponderar la utilidad de este libro para acercar al gran público a un pensador —o mejor en este caso un pensamiento filosófico—, poco conocido, y cuyos ecos llegan a aquél desfigurados en el término «epicúreo», de resonancias peyorativas.

MARCELO MARTÍNEZ PASTOR
Universidad Complutense